

Ismaíl Kadaré

Tres minutos

Sobre el misterio de la llamada
de Stalin a Pasternak

Traducido del albanés por
María Rocés González

Alianza editorial

Título original: *Kur sunduesit grinden. Rreth misterit të telefonimit Stalin-Pasternak*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de portada de Javier Ayuso
Fotografía del autor: © SZ Photo/ Cordon Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



DISPUTES AU SOMMET

Copyright © Librairie Arthème Fayard, 2022

All rights reserved

© de la traducción: María Rocés González, 2023

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-473-2

Depósito legal: M. 24.332-2023

Printed in Spain

Primera parte

La estación se encuentra en la acera de la derecha. El trolebús es el número tres. Continúa por esa calle hasta la plaza Pushkin. Allí está su estatua, como sin duda sabes. *Exegi monumentum*, etcétera. Después gira a la derecha, atraviesa la calle Gorki y, unos pasos más allá, comienza el bulevar Tverskói, que se cruza con ella.

Desde ahí todo es más fácil. A menos de un minuto a pie y en la acera de la derecha tendrás delante la puerta del Instituto Gorki. Te sale ella misma al paso, ¿comprendes? Aunque no quieras, te sale al encuentro... ¿Cómo no voy a querer? Hace años que sueño con venir aquí. ¿Por qué no iba a querer? ¿Por qué? Nunca se sabe. Cuántas veces creemos querer una cosa y, en realidad, no es así.

Oh, no. Me ha costado tanto llegar hasta aquí. Los trolebuses relinchaban como caballos salvajes. Había baches por doquier. Hasta que mis ojos dieron, al fin, con la famosa estatua. Me dirigí, como se me había dicho, hacia su derecha...

¿Qué estatua, muchacho? ¿Desvarías acaso? No hay por aquí ninguna estatua... ¿Cómo que no? La estatua de Pushkin. He pasado a su lado en múltiples ocasiones. Tienes visiones, nunca hubo tal cosa. Ja, ja, si el mundo entero lo sabe: *exegi monumentum*... tú mismo lo has dicho. Un monumento yo alcé... Continúa, joven. Un monumento yo alcé, imposible de erigir con las manos. Es decir, un monumento *nerukotvornyy*. Caíste tú solito en la trampa. Un monumento erigido no con las manos, sino con las almas, dice el poeta. Es decir, un monumento que nadie puede ver, salvo los estúpidos. Como vosotros, los estudiantes del Instituto Gorki.

Nosotros no éramos eso. Vosotros erais aún peores. Cada uno de vosotros soñaba con derribar la estatua del otro para erigir la propia. ¿En el mitin de Pasternak? No era así en absoluto. Era otra cosa. ¿Estuviste en aquel mitin? ¿Bramaste contra él? Jamás. ¿Qué hacías entre tanto, mientras los demás bramaban? Observaba a una chica lacrimosa. Creía que era su sobrina.

¿Regresas al cabo de tantos años para verla de nuevo? ¿Te parece que aún continúa el mitin? Quizá. En realidad, es posible que continúe. Por el griterío lejano, con mayor exactitud que con la placa sobre la puerta, puedes dar con el lugar de la concentración. En Moscú o en Tirana es siempre el mismo griterío que no cesa.

La pesadilla descrita más arriba se repitió durante años de las formas más extrañas. El renqueo de los trolebuses sobre los obstáculos y baches de la calle. El monumento amenazado. Y las lágrimas y Moscú la dulce.

Estaba tan seguro de que acabaría escribiendo sobre ello que en ocasiones hasta me parecía que, entretanto, lo había

hecho ya, y que incluso hasta la miriada de letras que habría de necesitar para formar las frases estaban alineadas en su lugar, a la espera.

La frecuencia de los viajes oníricos era la señal más evidente de que el momento se aproximaba. La confusión y la ausencia de lógica que los caracterizaba no hacía más que aumentar. Ocurría que al trolebús número tres no había modo de convencerlo para que partiera. Se veían obligados a darle latigazos. ¿Desde cuándo?, me decía. Hacía varios años que había abandonado Moscú y era comprensible que muchas cosas hubieran cambiado; sin embargo, que el asunto llegara hasta tener que dar latigazos a los trolebuses, jamás lo hubiese pensado.

En Tirana continuaba la campaña sobre el conocimiento de la vida. Los escritores, casi sin excepción, habían admitido carencias relativas, sobre todo, al conocimiento de los obreros fabriles, por no mencionar las cooperativas agrícolas. Sin mencionárselo a nadie, yo había comenzado entre tanto mi novela sobre Moscú, pero no estaba en absoluto seguro de continuarla. Durante el día me parecía absolutamente imposible, pues era así como el propio Moscú se había vuelto para todos nosotros. Con la ruptura de las relaciones diplomáticas, había perdido toda esperanza de un posible regreso. Sin embargo, durante la noche, sobre todo después de medianoche, las cosas cambiaban. Me dormía con la esperanza de que volvieran a aparecérseme precisamente en sueños. Pero ocurría cada vez con menor frecuencia. Y como si no fuera suficiente, su caos seguía densificándose, hasta el punto de impedirme descubrir si semejante caos me dificultaba o me facilitaba el trabajo que tenía en mente.

Era lo segundo, al parecer, lo que estaba ocurriendo. Pero a la inversa de las fábricas y las cooperativas, el Moscú de mi novela tenía la necesidad de lo contrario, del desconocimiento.

En uno de los sueños, apenas atravesé casi reptando la plaza Pushkin, encontré a la mayoría de los estudiantes en el mitin. Lo suponía y, sin embargo, puedo decir que no me sorprendió cuando vi en las pancartas mi propio nombre. E inmediatamente después comencé a oír cada vez más nítidos los alaridos contra mí.

Entre los estudiantes se hallaban algunos de los compañeros de curso. Petros Anteo no sabía hacia dónde mirar, mientras que el letón Stulpanz, mi íntimo amigo, se llevaba las manos a la cabeza.

Te ha llamado por teléfono el gran jefe de Tirana, gritó un encolerizado bielorruso. Ese, vuestro Stalin, no recuerdo su nombre.

Afirmé con la cabeza, pero él no se apaciguó.

¿Cuántas versiones hay de su llamada telefónica?

No lo recuerdo con certeza, aunque me parece, sin embargo, que debieron de ser tres o cuatro, no más, pero no me dio tiempo a adivinarlo porque me desperté.

La llamada telefónica de Enver Hoxha se había producido realmente tiempo atrás. Era mediodía, me encontraba como de costumbre en la Liga de Escritores cuando el segundo jefe de redacción del semanario *Drita* me pasó el teléfono diciéndome que alguien me llamaba.

Soy Haxhi Kroj, dijo la voz. Va a hablar con usted el camarada Enver.

No conseguí pronunciar palabra alguna, salvo «gracias». Me felicitó por un poema que acababa de publicar en el se-

manario. Repetí: «Gracias». Me dijo que le había gustado mucho y, mientras les hacía una seña a los presentes para que dejaran de hacer ruido, incapaz de articular ninguna otra palabra, dije «gracias» por tercera vez.

¿A qué se deben esas cuatro «gracias» seguidas?, dijo uno de los redactores. ¿Desde cuándo te has vuelto tan amable?

Sin saber cómo prevenirlos, solo hice otra seña con la mano, que difícilmente cabría interpretar.

Era Enver Hoxha. Fueron las únicas palabras que conseguí pronunciar al colgar el teléfono.

¿De verdad? ¿Pero cómo? ¿Él mismo?

Sí, les respondí.

¿Pero cómo? ¿Qué te dijo? ¿Y tú? ¿Cómo no le dijiste nada?

Les respondí: no lo sé. Al parecer me pilló de sorpresa.

Les conté lo de su felicitación y ellos manifestaron de nuevo su pesar porque no le hubiera dicho algo más, salvo uno de ellos que me dio la razón, asegurando que en tales casos te atorras...

Idiota, le lancé en mi fuero interno al bielorruso del sueño.

En los días de la campaña contra Pasternak, la llamada telefónica de Stalin relacionada con la detención de Mandelstam se mencionaba como una de las principales razones para denigrar al poeta. Sobre todo la parte de la conversación en la que Stalin le preguntaba qué pensaba de Mandelstam. Se contaban cinco o seis versiones de ella, pero se añadía que existían muchas más y aún peores.

Idiota, volví a insultar al bielorruso, pero sobre todo a mí mismo por soñar tales cosas.

Lo que no me impidió darle vueltas, un buen rato, al hecho de si podía existir o no otra versión.

El camarada Enver hablará con usted... ¿Qué piensa de Mandelstam?... Es decir, de Lasgush Poradeci, o de Pasko, o de Marko que... prisión... es decir, que aunque recién salidos de prisión... podían volver de nuevo a ella... O más fácil, de Agolli, Qiriazí, Arapi... que... prisión... es decir, que aunque no habían pisado aún la cárcel... En una palabra, ¿qué piensas de ti mismo?

Sobre lo último, es decir, sobre mí mismo, la respuesta podía resultarme más fácil. Yo, como todos, pienso escribir sobre la vida... Pese a una novela inédita, que puede haber supuesto un problema incluso para la camarada N., acerca de la vida estudiantil en Moscú. Si bien todo sucede lejos, a orillas del Báltico, en un lugar llamado Dubulti, en una casa de reposo para escritores.

¿Qué piensa de Pasternak?

La pregunta parecía inesperada, pero no lo era en absoluto. A decir verdad, era la única que no quería que se me hiciera.

¿Pasternak? Nada tenía que ver con él. Solo en una ocasión lo había visto de lejos en Peredélkino. Y si acaso se le menciona en el desarrollo de la novela, tiene que ver con la campaña, telón de fondo de los acontecimientos. Había una allegada suya en el Instituto Gorki. Una estudiante de segundo curso, con los ojos de continuo llenos de lágrimas. Por razones que cabe imaginar.

Estaba dispuesto a extenderme en detalles inútiles con tal de que no llegara la siguiente pregunta, que incluso me parecía peor, la del premio Nobel.

Resultaba fácil decir que la mayoría de estudiantes, mientras bramaban a coro contra él, no soñaban sino con ese mismo premio. Sin embargo, no se trataba de ellos, sino

de mí mismo. ¿Se podría decir que no se me había ocurrido nunca? Naturalmente que no. Lo había imaginado a menudo mucho más tarde, mucho tiempo después, cuando se murmuraba que podía estar yo mismo incluido... en aquella lista.

Ajá, de ahí que el estruendoso griterío contra Pasternak sea descrito de forma tan sorprendente y en cualquier caso diferente. Como si no se tratara solo de él, sino de algún otro. Quizá de ti mismo. Por eso el desasosiego era simultáneamente desagradable y embriagador. Tú, solo, frente a tu país, que te insulta y te grita en plena cara con odio y amor a la vez. Devuelve ese maldito premio, gritan todos los estudiantes, las mujeres embarazadas, los mineros de Tepelena. Mientras que tú, caprichoso indeciso, dubitativo Hamlet, lo acepto o no lo acepto, digamos. Y el patriarca Sterjo Spasse, del mismo modo que Kornéi Chukovski se presentó en la dacha de Pasternak, vendría a ti: te tengo por hijo mío, hoy estoy, mañana no, pero en aras de los recuerdos de Moscú... ¡devuelve ese veneno antes de que sea demasiado tarde!

Afortunadamente, en raras ocasiones vivía situaciones tales. Lo que en mi magín denominaba «andanzas moscovitas nocturnas» escaseaba cada vez que tomaba notas para la novela. Era ella la única que venía prolongándose más de una década. De vez en cuando escribía unas páginas, como si tratara de hacerle la corte. Por demostrarle al menos que no la abandonaba.

Era como mantener un hermoso pájaro, pero muy peligroso, en una jaula. Había momentos en que me enfurecía con él y naturalmente conmigo mismo. La esencia de mi ra-

bia tenía que ver con la obligación que todos ellos (es decir, la novela, yo mismo, ciertos cabellos femeninos, Moscú, el arte) consideraban que yo tenía frente a Dios sabe quién para llevar a término aquel... rito.

En otros momentos, cuando pensaba tranquilamente en el asunto, todo me parecía más natural. No había por qué dramatizar, ni tampoco de qué lamentarse. Y menos calificarlo de obligación o... rito. Era la misma seducción de siempre, esa que algunos llaman «don» y otros «locura» o «demonio», la que me empujaba. La que me dividía el mundo en dos partes: la adecuada al libro, y la otra, la inadecuada. La segunda, comparada con la primera, era infinita. Mientras que la adecuada era demasiado rara. Las señales que emitía eran también nebulosas, enigmáticas, hasta que un buen día las captas sin que te sean completamente desveladas.

Cabía la posibilidad de que Moscú hubiera entrado de repente en la parte adecuada del mundo el día que se convirtió en imposible. Solo habían quedado las angustias nocturnas capaces de reemplazar a los aviones, los visados y los inexistentes aeropuertos. Y excepto ellos, el medio más seguro que podía llevarte allí, donde, como había dicho yo en alguna parte, ni el tanque más temible te conducía, era: la novela.

Que Moscú se hubiera hecho ineludible precisamente en el momento en que se había convertido en el enemigo número uno de Tirana no constituía ninguna sorpresa. Lo asombroso podía proceder de Pasternak. ¿Qué pintaba él en la ciudad que acababa de formar parte de mi reino? Entre los cabellos juveniles y las cartas en las que aún seguía escrito: «tú has dicho que regresarás».

En una palabra, ¿podía escribir sobre todo ello sin Pasternak? Cada cual a lo suyo. ¿Él con sus graves reveses y yo con mi salga lo que saliere estudiantil?

Cuanto más trataba de convencerme a mí mismo de que no resultaría difícil, tanto más me lo parecía. Hasta que comprendí que era imposible. Él había estado allí... cuando todo ocurrió... Más exactamente... yo me encontraba... allí. Y no cabía decir que nada tenía que ver con él. Todos teníamos que ver con él. Y tendríamos que ver por siempre por cuanto pertenecíamos al mismo clan, el de los escritores.

La cuestión del clan había sido uno de los enigmas que era incapaz de descifrar en la niñez. Ante mi insistente pregunta de por qué ciertas personas eran primos nuestros y otras no, la abuela, tras evitar varias veces darme respuesta, me había dicho que eso lo decidía Dios, pero que no debía contárselo a nadie.

No me convenció. Me parecía injusto que estuviéramos obligados a tener por prima a la encorvada tía Bakushe y no, por ejemplo, a Laura Mezini, la hermosa estudiante de instituto que se contoneaba tan grácilmente al caminar.

¿Qué piensas tú de Mandelstam?

La respuesta de Borís Pasternak: «Nosotros somos distintos, camarada Stalin», se mentaba cada vez más frecuentemente como demostración de haber dejado tirado en el lodo al compañero.

¿Qué pensaba yo de Pasternak?

La respuesta: «nosotros somos distintos» podía articularla con mayor facilidad, porque eso es lo que parecía, otra nación, Estado, época, religión, igualmente. Y sobre todo la lengua.

Sin embargo, éramos parientes. Y ello era absolutamente inalterable. Moscú se había vuelto ineludible desde el día que se había convertido en adecuado para el arte. En consecuencia, a Pasternak lo hacía ineludible el demonio de la parentela artística.

Sin poder evitarlo, me encontraba entre él y el Estado comunista. Con el poeta contra el Estado, pues. O con el Estado contra el poeta. O neutral, con ninguno de los dos.

Había ocurrido entre tanto algo increíble: la posibilidad de posicionarse contra el Estado soviético no se excluía. Pero jamás en el caso de Pasternak. Jamás de los jamases. Desde la perspectiva albanesa, el Estado soviético demostró una vez más ser atroz, pero no por comportarse mal con el poeta, sino por haberse portado con él demasiado... ¡blandito!

En una asamblea imaginaria del conjunto del campo socialista, aún sin fracturar, tras las palabras: «camaradas, Estados, países hermanos comunistas», nos ha surgido un gran problema con uno de nuestros poetas, acariciado por la burguesía mundial; aconsejados qué debemos hacer con él. Estaba seguro de que al menos dos Estados, mi Albania y Corea del Norte, responderían los primeros: ¿qué hacer? Ya se sabe. Lo que hemos hecho siempre: un tiro en la nuca y se acabó el asunto.

Las circunstancias habían hecho viable la primera e imposible suposición: estar contra el Estado soviético. Pero la otra, la de estar, como exigía la lógica, de parte de Pasternak, era inimaginable.

Contra los dos. Con el uno y contra el otro. Con los dos. Con ninguno. Todas las versiones parecían delirantes. La neutralidad chisporroteaba aquí y allá, pero se extinguía de inmediato. Yo era extranjero y me encontré casualmente con

aquel embrollo. Que hicieran lo que les viniera en gana, que se reconciliaran o que se sacaran los ojos el uno al otro. Yo no tenía nada que ver con ellos. Yo era distinto.

Lo único que podía casar con esa clase de pensamiento era una carcajada macabra. No solo no figuraba casualmente en aquella historia, sino que estaba implicado en ella más que nadie. Suponía bastante más que un asunto de parentela. Había de por medio una corona de terror. Allí en Peredélkino, en la planta baja de su dacha, tendido sobre un camastro estrecho, como de soldado, rendía el alma, víctima del premio Nobel, Borís Pasternak. Poco más de medio siglo después de que el premio fuera instituido, el poeta ruso era su primera víctima. Plañirían por él, como por pocos lo habían hecho, sus allegados, sus hijos, Zinaida Nikolaievna, gentes desconocidas, su amante. Era el mes de mayo, aún me encontraba en Moscú y presentía, si bien turbiamente, la futura y enigmática ligazón con él.

Los años pasaban. Y lejos de que aquella ligazón se ensombreciera, ocurría lo contrario. Iba más allá de todo, incluyendo mi propia voluntad.

Durante un tiempo no tuve claro si eran los cabellos y los ojos de las jóvenes moscovitas los que me conducían a Pasternak, o si era él quien me conducía a ellas.

Era esta una historia plagada de imposibilidades. Imposibilidad de contemplar de nuevo aquellos ojos y aquellos cabellos que había filmado con tanta alegría. Pero eso era lo de menos frente a otra infinita y aciaga imposibilidad. Al abandonar el campo socialista, caímos en el engaño de que tarde o temprano le diríamos adiós a aquel mundo. Mas, entre tanto, las señales indicaban lo contrario. Cuanto más tiempo pasaba, más imposible parecía la separación. Y la triste historia

de Pasternak no era sino otro de los numerosos testimonios. Moscú y Tirana estaban a punto de prenderse fuego la una a la otra, pero cuando se trataba del escritor maldito, compartían la misma opinión y el mismo decreto: la fama, buena o mala, la tenéis aquí, en nuestro mundo. Mejor será que os olvidéis de ese otro mundo. Nada, salvo veneno y duelo, procede de él.

Yo había editado, sin embargo, al otro lado y todavía no me había alcanzado ningún mal. Lo mismo le había ocurrido a Pasternak antes del escándalo. Moscú había recibido en silencio la publicación de *El doctor Zhivago*. Mas, si teníamos algo en común, era en lo referente a su parte silenciosa. De la otra, la ensordecedora, no se sabía aún.

Había escrito una parte de la novela sobre mis años de Moscú cuando surgieron los primeros rumores sobre Estocolmo. Un nuevo misterio hacía resplandecer en ocasiones las páginas de la novela, oscureciéndolas en otras.

Había creído que los rumores serían suficientes para que el deseo de continuar la novela se extinguiera por sí mismo. Que bastaría con el refrán de no mentar la soga en casa del ahorcado. Sin embargo, no había sucedido así. No había sucedido ni siquiera cuando mi nombre apareció en la lista de candidatos al premio.

Como para probarme a mí mismo, abrí las notas de la novela y, en lugar de sentir terror ante ellas, con la misma mano que creí se iba a quedar petrificada en un instante, añadí algo. Al principio unas líneas, después páginas enteras. La amenaza de que no debía ni siquiera imaginarme la fama en el mundo de allá, junto con la certeza de que todos nosotros no éramos sino presos en libertad condicional, no me parecían impedimentos.

Podía rememorar cualquier cosa de Moscú, incluso los cabellos y las lágrimas y hasta los pechos femeninos, tan raros en las letras albanesas, mientras que el recuerdo de Pasternak resultaba ilícito. Encontrarse en la lista del Nobel significaba ser estigmatizado por su parte peligrosa. Me había caído en suerte revivir su calvario ulterior, interrumpido, en su caso, por la muerte. Lo quisiera o no, yo era el actor obligado a interpretar aquel papel. En calidad de tal, me parecía normal que los demás pudieran olvidarlo, pero yo no. Mas había otros días en los que, lógicamente, me parecía todo lo contrario: todos los demás podían permitirse hablar de él, salvo una persona, es decir, salvo yo mismo.

Entre tanto, de vez en cuando despuntaba un tercer tiempo, el de la literatura, muy parecido a los sueños, donde las tribulaciones y los posibles peligros palidecían, tanto que se volvían una suerte de garabatos que se quedaban fuera de mí.

En ese tercer tiempo había hecho, entre otras cosas, algo extraño, sin sentido y totalmente increíble: había terminado la novela imposible.

Mis tribulaciones, esas que me gustaba llamar «angustia», consideradas desde lo más hondo, no parecían haber sido tan dramáticas. Eran ante todo un juego del que podía salirme cuando quisiera, lo mismo que se sale de la pesadilla, en la que el terror, por eterno que parezca, lleva la marca de la falsedad.

En contadas ocasiones, cuando el pensamiento, por causas sobradamente conocidas, no gozaba del derecho a mantenerse por más tiempo, me parecía asimismo que yo portaba en mi interior algo equiparable: mi propio terror amenazante. Qué era ese terror, cuándo podría servirme de él y contra quién, no era capaz de desentrañarlo.

La novela era la prueba de toda aquella alucinación. Estaba ante mí, tangible y hermosa. Bastó esto último para que la considerara terminada. Así era, estaba, pues, completa, o dicho en otras palabras, acabada.

Automáticamente me imaginé, decenas de siglos atrás y en el antiguo teatro de la Acrópolis, el instante en el que hay que contener la respiración, ese en el que la mujer de Agamenón le da la bienvenida y halaga al esposo, a quien poco después habrá de matar, pronunciando la frase de doble sentido: «Tú que eres un hombre consumado».

Según yo, también mi novela estaba consumada, es decir, terminada, lo que significaba hermosa y simultáneamente muerta.

Ah, parece una trilogía, dijo el responsable de la casa editora al tomar la carpeta. *¿El puente de los tres arcos?* ¿Es ese el título general o...?

Es el de la primera parte, pero también el de la trilogía.

Cuando recibía un manuscrito, tenía siempre la mala costumbre de hojearlo delante del autor.

La segunda parte será sobre los grandes bajalatos, continuó como si hablara consigo mismo. Muy atrayente, sí, como estructura. Y la tercera será sobre Borís Pasternak... estuvo a punto de gritar sorprendido. Habría querido decirle, ¿por qué no? Acaso porque estaba ya en la lista y no tenía derecho... o justamente porque estaba en ella...

En vez de eso, pensé: ¿cómo demonios se le han ido los ojos al nombre de Pasternak en un manuscrito de seiscientas páginas?

Fue él mismo quien me dio la respuesta.

Sin apartar los ojos del texto, se le escapó una sonrisa. Estoy leyendo el comienzo de un capítulo, dijo entre dientes. Doctor, doctor Zhivago... parece como si Rusia, enferma, necesitara un médico... Hermoso hallazgo.

Ah, me dije, liberado. El deseo de dar explicaciones, extinguido por completo desde el instante en que puse los pies en su despacho, volvió a mí de repente.

Desde hace años deseaba escribir algo sobre mis años estudiantiles en Moscú. Así comenzaba incluso la novela, pero tomando distancia. Ligera, lírica. Una casa de reposo de escritores a orillas del Báltico, cerca de Riga. Hermosos crepúsculos. Partidas de *ping-pong*, una muchacha de nombre Birgita, como se llamaban la mitad de las letonas. Nada hacía presagiar la tempestad de la gran fractura del campo socialista. La que se aproximaba junto con el otoño moscovita. Y que necesitaba al doctor... Zhiv...

Sentí que, contra mi costumbre, hablaba demasiado, como todos los que son cogidos en falta.

En suma, Pasternak aparecía casualmente. Al escuchar su nombre, asintió con la cabeza satisfecho de nuevo. Aquellas cinco o seis líneas eran ciertamente brillantes. No había necesidad de darle más explicaciones sobre el asunto.

Hum, me dije, tratando de imaginar su sorpresa, cuando viera que no eran únicamente cinco o seis líneas, sino casi la mitad de la novela.

Habría querido que la conversación sobre el escritor maldito no se prolongara más.

Así pues, se acercaba el otoño moscovita. En otras palabras, las manidas historias de muchachas, en medio de las cuales tenía lugar el mitin de Pst.

Cierto que había una joven lacrimosa, de segundo curso, que me había llamado la atención durante el mitin. Alguien me dijo que era la sobrina de Pasternak, por lo que no era extraño que tuviera los ojos llenos de lágrimas mientras escuchaba el clamor contra su tío.

Pero igualmente de no ser así, tenía la impresión de que las lágrimas femeninas me afectaban más de lo debido. Incluso me gustaba utilizar como enseña, para explicar una Albania diferente, los dos famosos versos de Pashko Vasa: «Llorad, mujeres, llorad, muchachas, con tan bellos ojos que saben llorar». Pero no como antes, no como la Albania a la luz de los archivos medievales, o la de los documentos del Vaticano, o la de las ideas de Marx, sino bajo otra luminosidad, una explicación, digamos, lacrimosa.

El problema residía en que hacía demasiado tiempo que no sabíamos llorar.

El pensamiento de que hasta el gato comprendería que, ciertamente, hablaba demasiado no conseguía hacerme parar.

La joven que sabía llorar no era en realidad su sobrina, pero eso no cambiaba nada.

Tenía la impresión de que el editor no me prestaba atención, como los que tienen la mente en otra parte.

Quizás también él se sintiera mal. (Doctor, no estoy bien. Doctor Zhivago).

Al parecer, ambos teníamos prisa por separarnos.

De camino, repasaba los pormenores de la conversación tratando de captar si había surgido o no alguna duda acerca del texto. A no ser que yo mismo, con aquellas innecesarias explicaciones, la hubiera suscitado.

Lo que no me impedía seguir repitiéndomelas. Así pues, la joven de las lágrimas no era en realidad la sobrina de Pas-

ternak, sino la hija de su amante, una tal Olga Ivínskaya, una atractiva rubia, en boca de todo el mundo aquellos días, y se comprende por qué.

Era, pues, Irina, una joven de diecinueve años, lo que no solamente no cambiaba en absoluto las cosas, en el buen sentido de la palabra, sino que, quizá, las empeoraba...

Un mes más tarde, cuando volví al despacho de la editorial en busca de respuesta, lo primero que traté de descifrar fue ese famoso entumecimiento, tan familiar a los autores, que se produce cuando los editores mantienen alguna reserva sobre la obra.

Sus ojos, al contrario que la última vez, me evitaban.

Cuando mi mirada descendió hasta sus manos, me pareció que le temblaban ligeramente.

No es posible, me dije. Si en este despacho hubieran de ponerse a temblar los miembros de alguien, solo podrían ser las manos del autor.

Este libro es singular, dijo, mirando hacia su derecha. A continuación, como si hiciera un descubrimiento añadió: tres obras, tres novelas cortas, se podría decir, o novelas propiamente dichas, unidas por un hilo conductor.

Sí, respondí en voz baja. Un hilo conductor. Incluso en una ocasión se me ocurrió llamarle «tríptico», pero...

Quizá tríptico sería demasiado... pero de todos modos hay un vínculo.

Lo hay, repetí.

Él dijo algo sobre la primera parte, *El puente de los tres arcos*, y sobre todo acerca de la cifra «tres», que anticipaba, como si dijéramos, la estructura del libro.

Precisamente, le respondí. Tres arcos, digamos, simbólicos. Qué tonterías estoy diciendo, pensé.

A continuación, fue él quien pronunció las palabras: «un trío simbólico».

Todavía dedicamos un instante a la palabra «tríptico», mientras que, con cierta falta de celo, como prefería yo mismo creer, pasamos a la segunda parte: el relato sobre la cabeza cortada de Ali de Tepelena, expuesta en el «nicho de la vergüenza» para ser contemplada por la muchedumbre. (Traidor al Estado, infiel, Zhivago).

Jamás habría creído que, cuando pronuncié *El nicho de la vergüenza*, en vez de tratar de que la conversación concluyera lo más rápidamente posible, haría lo imposible para que se prolongara.

La cabeza cortada del visir rebelde expuesta en el centro del Imperio Otomano, bajo la mirada curiosa de los habitantes de la capital. Sus ojos petrificados. Los ojos de la muchedumbre. El terror en medio.

Había sido el profesor Çabey quien, durante un viaje a Estambul, me había explicado el sentido de su nombre otomano: *Ibret Tashé*.

«Aprende del escarmiento». ¡Se parecía tanto a cuanto ocurría en todas partes!

No obstante, curiosamente, no evité la conversación. La cabeza cortada del que ha errado. *Koka që Gabime Bën* (La Cabeza que Errores Comete)... KGB... Estertores, doctor, doctor...

La conversación se iba volviendo peligrosa. Y súbitamente estalló en mi cerebro la pregunta: vale que yo quiera retrasar la conversación sobre la tercera parte, la más delicada, la de la campaña contra Pasternak, pero a él, ¿qué le pasaba?

Él cargaba sobre sus espaldas el mismísimo Estado, lo que resultaba suficiente para que en cualquier caso me ense-

ñara los dientes. Querido amigo, hay aquí ciertas cosas preocupantes. Por lo que es mi obligación devolverte una vez, dos veces, doce veces, si fuera necesario, este texto.

Ahora bien, él continuaba mostrándose temeroso, se diría que aquella lobreguez, por no decir aquella calamidad, no era cosa mía sino de ambos.

Su mano derecha comenzó de nuevo a temblar levemente. Y a su mirada asomaba una especie de súplica, se diría que estábamos ante una inquietud compartida. Se distanciaba, lo mismo que yo, de Pasternak, sin percatarse de que era como pasar de la lluvia al granizo.

Sentía que apenas podía contener el deseo de decirle: ¿qué te preocupa, ay, hombre? Y como ocurre con frecuencia, justo cuando se está en una situación tensa, sin saber cómo recordé algo parecido a un enigma del que se hablaba pocas veces: el terror que sentían ellos de que a nosotros, los autores, nos parecieran terroríficos... los editores.

De algo así me había hablado D. D. (DobleDilaver, como lo llamaban en broma), pero indirectamente. Vosotros, autores, habéis convertido en norma chismorrear de nosotros, pero raramente sabéis de nuestras inquietudes.

Lo había escuchado con la máxima atención, puesto que se refería a reuniones a puerta cerrada y solo para los leales al Estado, un espacio prohibido al resto. Ellos eran los guardianes que nos vigilaban, por eso sus quejas te recordaban el refrán: se lamenta el jinete de haber perdido los estribos.

Según DobleDilaver, no era así en absoluto. Tras cada libro prohibido llegaba el lacerante examen. La pregunta: ¿cómo no percibiste tú, editor, el veneno que destila el autor?, por fría que pareciera, era muy simple. Similar habría de ser la respuesta: fui un ingenuo, un lerdo, a consecuencia